

al amigo la rubia cabellera,
que al Esperquio tenía prometida,
consagrar. Y apartándose, el cabello
se cortó él mismo; y en dolientes voces,
fija la vista en el oscuro ponto,
así del río á la Deidad decía:

«¡Esperquio! en vano te ofreció mi padre
»Peleo que si vivo de esta guerra
»yo á la patria tornase en honor tuyo
»mi rubia cabellera cortaria,
»y solemne hecatombe numerosa
»de cincuenta carneros en tus aras
»tambien ofreceria, donde humean
»agradables aromas en el bosque
»pue á tu Deidad habemos consagrado
»junto á tu nacimiento. Así rogaba
»el anciano; mas tu no le otorgaste
»lo que pedia. Y pues que yo no debo
»á la patria volver, mi cabellera
»al heróico Patroclo, al dulce amigo,
»daré porque la lleve al hondo averno
»para memoria mia.» Estas palabras
dichas, su cabellera del cadáver
puso en las manos, y de nuevo todos
en gemidos y llantos prorrumpieron.
Y así llorando al tramontar el día
dejado los hubiera; pero Aquiles,
al Atrida acercándose, le dijo:

«¡Atrida! pues la hueste de los Griegos
»de tu voz al imperio está sujeta
»más que al de otro ninguno, y á saciarse
»el hombre llega de llorar, ahora
»manda que de la hoguera se retiren,
»y la cena preparen; que nosotros,
»á quienes más que á nadie la memoria
»honrar toca del muerto, lo que falta
»acabaremos. Con nosotros pueden
»los principales Cabos.» Al oírle
Agamenon á las escuadras todas
mandó que á los bajeles se volvieran,
y allí quedaron los que hacer debian
el triste funeral. Amontonada
la leña, pues, en elevada pira
la dispusieron que por todos lados
cien piés tenía, y en el medio de ella
en la parte más alta depusieron,
con lágrimas bañándole, el cadáver,
y ante la pira corpulentos bueyes
y ovejas degollaron numerosas.

Ya quitada la piel y divididas

las víctimas en trozos, y el redaño
sacándolas á todas, con las pellas
cubrió Aquiles el cuerpo del amigo
desde cabeza á piés, y de las reses
las desolladas carnes á su lado
amontonó. Dsspues sobre la pira,
vuelta al cadáver la anchurosa boca,
puso dos grandes ánforas, de aceite
una, y otra del vino más añejo;
y de erguida cerviz cuatro bridones,
dando él tristes gemidos, mal su grado
sobre la leña echó. Tenía Aquiles
nueve perros que él mismo de su mesa
alimentaba, y dos echó en la pira
degollándolos ántes. Y á los doce
jóvenes Teucros que cogió en el río,
y á crüel sacrificio destinara,
por su mano mató y á la alta pira
arrojó los cadáveres, y fuego
puso á la leña que violento ardiese
y lo abrasase todo. Y exhalando
tristes gemidos del doliente pecho,
y al amigo llamado por su nombre,
así decía: «Alégrate, Patroclo,
»aunque ya estés en la region oscura.
»Ya te he cumplido mis promesas todas,
»y el fuego que consuma tu cadáver
»devorará tambien doce Troyanos
»hijos de las familias más ilustres;
»mas de Héctor el cadáver no á las llamas
»entregaré, sino á voraces perros.»

Esta amenaza al infeliz cadáver
de Héctor Aquiles hizo; pero nunca
los perros se acercaron, porque Vénus
los alejaba de él de noche y día.
Y con suave aceite, que de rosa
grato olor exhalaba, por su mano
cuidadosa le ungió para que trozos
menudos no le hiciera al arrastrarle
Aquiles por el suelo. Oscura nube
trajo tambien Apolo á la llanura
desde los cielos qua el paraje todo
en que estaba el cadáver encubria,
para que el sol con sus ardientes rayos
no la piel y las carnes le secara.

Y tampoco la leña en que el cadáver
estaba de Patroclo arder queria.
Su error conoció Aquiles, y apartado
de la pira bastante y sus plegarias
al Zéfiro y al Bóreas dirigiendo,



Tip. lit. de F. Nacente, editor.

ofrecerles solemnes sacrificios
 les prometía. Y con la copa de oro
 haciéndoles sagradas libaciones,
 en repetidas veces les rogaba
 que con rápido soplo se acercasen
 y el cadáver quemaran, y la leña
 arder hiciesen toda. Sus clamores
 Iris oyó, y en vuelo vagaroso
 á avisar fué á los vientos, que en la cueva
 del borrascoso Zéfiro en convite
 estaban reunidos. Y llegada
 Íris, paróse en el umbral de piedra;
 mas apénas la vieron, de la silla
 se alzaron presurosos y al banquete
 la convidaban, que aceptar no quiso,
 y así decía: «Detenerme ahora
 »no es posible; que voy, del Oceano
 »volando por encima la corriente,
 »á la tierra en que habitan los piadosos
 »Etiópes. Ofrecen sacrificios
 »este día á los Dioses inmortales,
 »y ser yo de las víctimas deseo
 »partícipe también. Aquiles ruega
 »al estruendoso Zéfiro y al Bóreas
 »(y gratas hecatombes les promete)
 »que á la Tróade vayan, y la pira
 »hagan arder en que Patroclo yace
 »á quien hoy lloran los Aquivos todos.»

Así dijo la Diosa, y á la tieara
 voló de los Etiópes; y alzados
 Zéfiro y Bóreas, con inmenso ruido
 á soplar comenzaron y las nubes
 alejaban que al paso les salían.
 Y el mar atravesando borrascoso,
 su resonante aliento levantaba
 las olas, y á la Tróade llegaron.
 Dejáronse caer sobre la pira,
 ardió la leña, y en bramido horrible
 gemía en torno la anchurosa llama:
 y sin cesar soplando los dos vientos
 en agudo silbido, hácia el cadáver
 de continuo las llamas dirigian
 para que pronto ardiese. En tanto Aquiles
 toda la noche de las urnas de oro
 sacando el vino en espumosas copas
 y en el suelo vertiéndole, regaba
 con él la tierra al ánima llamando
 del infeliz Patroclo. Como llora
 un padre cariñoso miéntras arde
 el cadáver del hijo en himeneo

á tierna esposa unido, y cuya muerte
 huérfanos deja y en eterno luto
 á sus míseros padres; así Aquiles
 al quemar el cadáver de Patroclo,
 dando tristes sollozos se arrastraba
 en torno de la pira. Cuando vino
 el lucero del alba que á la tierra
 trae la luz, y á quien de cerca sigue
 con su manto de púrpura la aurora
 para extender sobre la mar sus rayos;
 entónces ya, disminuido el fuego,
 cesó la llama de la grande hoguera,
 y á su gruta los vientos se tornaron
 de Tracia por el ponto, que gemía
 en alto alzadas las ingentes olas.
 Y apartándose á un lado de la hoguera
 el hijo de Peleo, fatigado
 se reclinó en la arena, y á sus ojos
 el dulce sueño vino. Mas en breve
 los otros capitanes de las tropas
 en torno del Atrida se juntaron,
 y á saludar al afligido Aquiles
 todos vinieron, y al sentir el ruido
 el héroe despertó cuando llegaban.
 Incorporóse, pues, sobre la arena,
 y así les dije en flébiles acentos:

«¡Oh Atrida! ¡y oh vosotros de la Grecia
 »Príncipes y adalides! De la pira
 »cuidadosos apagad con negro vino
 »toda la parte que la ardiente llama
 »quemado hubiere, y recojamos luego
 »los huesos del amigo, y gran cuidado
 »se tenga en separarlos de los otros.
 »Fácil es distinguirlos: porque en medio
 »estuvo de la pira su cadáver,
 »y léjos y á la orilla confundidos
 »los hombres y caballos se quemaron.
 »Y en urna de oro, con dobladas pellas
 »de las reses cubiertos, los del hijo
 »de Menetio estarán hasta que llegue
 »el día que yo baje del averno
 »á la region oscura. No he querido
 »que magnífico túmulo se erija
 »ahora á mi escudero, y he mandado
 »que no muy grande sea; mas vosotros,
 »los que vivos quedéis en estas naves
 »cuando yo muera, de los dos amigos
 »en elevado túmulo anchuroso
 »encerrad las cenizas.» Así Aquiles
 á los Reyes decía: y los soldados,